

Si acaso las doncellas ó donceles
De la pajiza casa se salian,
Los padres inhumanos y crüeles
A las ardientes llamas los volvian:
Donde los miserables infieles
Sus vidas con sus hijos consumian,
Sin quererse ninguno dar á vida
De todos cuantos iban de vencida.

Cantada la victoria desta suerte,
Cargados de alimentos y despojos,
Vuelven los españoles á su fuerte,
En placer convertidos los enojos;
Aunque tuvieron pena de la muerte,
Que entonces ocupó cristianos ojos;
Y á quien quisieran dalle sepultura,
Segun aquel lugar y coyuntura.

Mas el feroz Alonso de Herrera,
Aun sus rencores no teniendo frios,
Hallándose señor de la ribera,
Comienza de decir: «aquí los míos»:
Acuden los que sorr de su bandera,
Y toman el mejor de los navios,
Que sobre prevencion y ardid de guerra
Estaba ya con el proiz en tierra.

Tratóse con los suyos, y el concierto
Fué cuando los enojos recontados,
Sobornados grumetes en el puerto,
Que punto no vivian descuidados;
Y agora que el camino ven abierto,
En un momento fueron embarcados;
Al viento velas dan sin saludallos,
Al Sedeño dejando los caballos.

El Antonio Sedeño, que de vellos
Grandisima congoja recebia,
Fué poca parte para detenellos,
Porque la menos parte lo seguia;
Y así también después se fué tras ellos
Con la poquilla gente que tenia,
La cual ida carisima le cuesta,
Segun entendereis en lo que resta.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intención de reconciliarle con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.

Su vida y honra tiene mal segura
Quien hace de contrarios confianza,
Segun de varios casos de ventura
Esperiencia notoria nos alcanza:
De sabios es á buena coyuntura
Del primer parecer hacer mudanza,
Pues dañan confianzas al guerrero,
Y mas cuando se cree de lijero.

Sedeño, como yo soy buen testigo,
Era buen capitán y buen soldado;
Mas era del amigo y enemigo
Demasiadamente confiado:
Agora mas, en procurar abrigo
En enemigo suyo declarado;
Y así todos en estos menesteres
Tenian diferentes pareceres.

Porque después que vió cuánto perdía
Por la revolucion y turbamulta,
Juntó la poca gente que tenia
En las cosas de guerra mas adulta;
Y pareciéndole que convenia,
Entró con todos ellos en consulta;
Y para se llegar á sus respuestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Paréceme, señores, grande mella
La que hecho nos han estos hermanos,
De quien siempre terné justa querella,
Por ser tan viles, bajos y villanos;
Y mas en tiempo que gozando della
Dejaron la victoria de las manos,
Y con tan poco riesgo de la vida
Una prosperidad tan conocida.

» Estoy por esta causa tan perplejo,
Que determinacion no me concedo,
Por ver mi perdicion, si aquesto dejo,
Y mucho mas perdido si me quedo:
Muy dudosa mi vuelta si me alejo;
Si fio del contrario tengo miedo,
Y destos pesadimos extremos
No sé, señores míos, cuál tomemos.

» Mas hecha razonable conjetura,
Parece que mi alma persevera
En no perder aquesta coyuntura,
Dejando totalmente la ribera;
Y así tengo por cosa mas segura
El verme con Alonso de Herrera;
Podria ser haber conformidades,
Y socorrer nuestras necesidades.»

Entendidas por ellos las razones
Y el blanco de van todas apuntando,
Contradecian tales intenciones
Su parecer por malo condenando;
Mas él, con eficaces persuaciones,
Los hizo mas sujetos á su mando,
Y así, mala sospecha concebida,
Efetuaron luego su partida.

Puestos en el camino conocido,
A Paria caminaban con presteza;
El capitán Herrera que los vido
Metióse dentro de la fortaleza:
Fingiéndose que estaba mal herido,
Armándose con suma lijereza,
Y mandando también que sus soldados
Estén á punto bien aparejados.

Diciéndoles: «decid que estoy doliente
Cuando vierdes llegar este tirano,
Porque me venga á ver, y en continente
Echalde dos, ó tres, ó cuatro, manó,
Y los demás desarmen á su gente:
Haremos un negocio soberano.»
Llegó Sedeño pues al dicho puerto,
Dado fin á las tramas y concierto.

Salieron no sé cuántos al camino,
Debajo la cautela referida,
Diciendo que Herrera si se vino
Fué por tener una crüel herida,
Y que quedarse fuera desatino,
Por estar en gran riesgo de la vida;
Y como en tal sazón era posible,
No pudo parecelles increíble.

Con un semblante triste, rostro blando,
Mostrando condolerse del suceso,
Entró luego por vello, y en entrando
Usaron con gran furia del esceso:
Y á todos los que trajo de su bando
Desarmaron, segun atrás espreso,
Y al Sedeño, diciéndole baldones,
Hizo poner en ásperas prisiones.

En el fuerté que fué por él labrado
Con guarda de sus armas proveida,
Se vió con cepo, grillos y canado,
Falto de vestiduras y comida;
Y estuvo tanto tiempo maltratado,
Que ya desconfiaba de la vida,
Porque las guardas viles y sangrientas
Le dicen y le hacen mil afrentas.

Por oprobio de sus delicadezas
Y términos galanes y polidos,
Usaban de sucisimas bajezas
En el comer, beber y en los vestidos;
Y tantas y tan viles asperezas,
Que contallas ofenden los oidos;
Su gente, de placeres bien ajena,
Deseaban librallo desta pena.

Tomaron pues á pechos el cuidado
Por modos que jamás fueron sentidos:
Un Antonio Fernandez y un Machado,
Pedro Placeres Gago, Joan de Nidos,
Martin Lopez Perdomo y Alvarado,
Y otros que de mí fueron conocidos;
Y para lo librar desta presura
Esperaban sazón y coyuntura.

Habia pues necesidad urgente
Para se sustentar de vitualla,
Y el Agustín Delgado con la gente
Fueron por las comarcas á buscalla,
Quedándose Herrera solamente
Con dos ó tres soldados de canalla,
Creyendo que bastaba su braveza
A defender aquella fortaleza.

Los otros, con sazón tan deseada,
Rodéanlo con áspero denuedo;
Y como los sintió de mano armada,
Salió con mas furor que decir puedo;
Mas viendo gente tan determinada,
Adentró lo volvió discreto miedo,
Porque como lo vieron salir fuera,
Tras él iban diciendo: «muera, muera.»

Las puertas les cerró; mas no bastaba,
Porque los del Sedeño las batian,
A los de afuera él amenazaba,
Lo mismo los de fuera le hacian:
Finalmente, Herrera preguntaba
Diesen razon de lo que pretendian;
Ellos dicen: «poneros hemos fuego,
Si no soltais al buen Sedeño luego.»

Quieto y apartado de sus fieros
Respondióle Alonso de Herrera:
«Haceislo como buenos caballeros,
Gloria, flor y bondad de nuestra era;
Y pues que son forzosos los terceros,
Prometo como tal de echallo fuera;
Podeis os aquietar, nobles varones,
Que yo voy á quitalle las prisiones.»

Llegado de sus pasos encamina,
Dijo: «mataros quiero, buen Sedeño.»
Respondióle Sedeño muy aina:
«Por cierto vos hareis lance pequeño:
Matar en la prision una gallina,
O un lirón vencido de gran sueño.—
No quiero, respondió, ser homicida,
Antes quiero que vos me deis la vida.»

«Yo vengo con entero pensamiento
De daros libertad liberalmente,
Con que hagais solene juramento
De luego navegar con vuestra gente,
Y me dejar aquí libre y exento,
Sin ser de novedades pretendiente;
Demás desto debéis quedar conmigo
De no me ser amigo ni enemigo.»

Sedeño, con deseo que tenia
De verse doquiera cielo viesse,
Le dijo que haria y juraria
Aquello y mucho mas que le pidiese,
Porque la libertad que prometia
Valia mucho mas que el interese,
Y con ofrecimientos y razones
A él se le quitaron las prisiones.

El Herrera después con sus criados,
Quitada la prision que padecia,
Abrióle la puerta recatados
De la gente leal que lo pedia;
Reciben al Sedeño sus soldados
Con gran contentamiento y alegría;
Y dándole las gracias por sus hechos,
A la mar les mandó fuesen derechos.

Embarcáronse, no sin multiplico
De furiosos vientos y tormenta:
Y fueron á San Joan de Puerto-Rico,
Do Sedeño tenia buena renta:
Otros negocios suyos no replico,
Porque de sus proezas daré cuenta,
Y cómo después hizo grande entrada,
Que en estas partes fué solenizada.

Dejarémoslo pues desta manera,
Al Sedeño do pinta mi cuadrerno,
Y al Agustín Delgado y al Herrera
En Paria, do tuvieron el invierno,
Esperando por horas que viniera
Jerónimo de Ortal con el gobierno,
Del cual el rey le habia proveido
Por muerte del Ordás ya referido.

El cual gobernador después que hubo
Llegado con armada suficiente,
La isla Trinidad también anduvo
Por parte que le fué mas conviniente;
Y en ella con rescates se entretuvo
Por dar mantenimientos á su gente,
La cual, estando toda reformada,
A Neveri hicieron su jornada.

Después á la conquista se presenta
Joan Ponce de Leon, un descendiente
Del otro deste nombre, cuya cuenta
Yo doy en otra parte largamente;
Seria por el año de setenta
Cuando en la Trinidad metió su gente:
No hizo cosa digna de memoria,
Y así no haré dél mayor historia.

Criollo de San Joan que conocemos,
De parte principal ilustre abuelo;
Mas, pues que por agora no sabemos
Otras mas novedades de aquel suelo,
La isla Trinidad aqui dejemos,
Y háganos gozar de la del cielo
Aquella sacrosanta Providencia,
En las personas trino y una esencia.

ELEGIA XI.

A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.

CANTO PRIMERO.

Entre los demás hilos desta trama,
Que por la costa bajo va tejida,
Jerónimo de Ortal también me llama
A decir el discurso de su vida,
Porque de vista fué, que no por fama,
Su persona de mí bien conocida,
El cual fué natural de Zaragoza,
Y vino con Ordás en edad moza.

Era de Cobos muy favorecido,
El cual en aquel tiempo florecia,
Y por el fin que ya teneis oido
Pidió lo mismo que el Ordás tenia:
A la gobernacion fué proveido,
Segun y por el orden que queria,
Año de treinta y cuatro comenzado
Con el millar y medio ya contado.

Teniendo ya las cédulas reales,
Apercibióse para la jornada,
Nombrando capitanes y oficiales
Por orden y razon acostumbrada;
Y destos hombres hay muy principales.
En este nuevo reino de Granada,
Como Miguel Holguín, en quien hoy día
Se ve virtud, valor y valentia.

Varon en paz y guerra de consejo,
Enemigo de todo desafuero,
Desde su juventud fué sabio viejo,
Cristiano y honoroso caballero;
A los mas virtuosos es parejo,
En todas buenas obras fué primero,
Cultor muy grande del honor divino,
Y socorro del pobre peregrino.

Vino por capitán Luis Lançero,
Varon cabal para cualquier afrenta,
Después en este reino fué guerrero
Que de sus cargos dió muy buena cuenta;
Un Joan de Castro fué su compañero
De placeres que vida descontenta,
Otros también ponemos por historia,
Cuando los ofreciere la memoria.

Dispuesta toda cosa necesaria
 Dos naos gruesas y una carabela,
 Para ir en demanda de su Paria,
 Mandó que se hiciesen á la vela:
 Surgieron en las islas de Canaria,
 Adonde recogió gente novela;
 Y en Tenerife fué principalmente
 Donde se le llegó copia de gente.

Que podía pasar bancos de Flandes
 Y quebrantar el mas soberbio lomo:
 Es vivo destes hoy Pero Fernandez,
 Que se dice de Porras ó Perdomo:
 En aquella sazón de brios grandes,
 Y en el tiempo presente de gran tomo,
 Regidor de Tocaima la nombrada
 En este nuevo reino de Granada.

De allí salió también Anton Garcia,
 A quien llamábamos Anton del Guante,
 Brioso con alguna bizarría,
 Pero para la guerra muy bastante;
 Y con aquesta misma compañía
 Gaspar de Santa Fe fué caminante,
 Con muchos mas que la memoria pierde,
 Pero yo los diré desque me acuerde.

Prosiguió pues Ortal esta derrota
 De gentes y pertrechos aviado,
 Llevando por piloto de la flota
 Un Cristóbal Angulo del condado;
 Hacia la carrera ser mas nota
 Un portugués, piloto corcobado,
 Pues sin haber andado la tal via
 Certísimo salió cuanto decia.

Estando pues á vista del golfete
 De Paria, para do se navegaba,
 Un cierto temporal les acomete
 Que viento de nordeste levantaba;
 Despareció la nao de Alderete
 Con doscientos soldados que llevaba,
 La cual fué costa bajo navegando
 El puerto de Cubagua demandando.

Surgieron los demás en la ribera
 De Paria, que por todos se desea,
 Do vieron al Alonso de Herrera,
 A Villagrán, Morán, Pedro de Cea,
 Joan Fuerte, Villagomez, Talavera,
 Joan Gonzalez, Perálvarez, Perea,
 Con otros, que serian hasta treinta,
 Hombres de quien se hizo mucha cuenta.

Ortal luego salió con sus soldados
 A consolar la baquiana gente,
 Los unos de los otros deseados,
 Se saludaron amigablemente:
 Herrera con poderes ampliados
 Nombrado fué por general tiniente;
 Del nombramiento deste caballero
 Muy corrido quedó Luis Lanchero.

Porque por su valor y valentía
 Tenia deste cargo pretensiones,
 Y así con el enojo que tenia
 Dijo contra los dos feos razones:
 Prendiéronlo por esta demasia,
 No se quedando Castro sin prisiones,
 A causa de que para tal demanda
 Lanchero lo tenia de su banda.

Estando los dos presos en el agua
 Con guardas que velaban noche y dia,
 A Turpiar llegó cierta piragua
 Con Rodrigo de Niebla, que venia
 En ella de la isla de Cubagua,
 Y cartas de Alderete que traía,
 Diciéndole quedar en salvamento
 Con los doscientos hombres que ya cuento.

Fué del gobernador bien recibido
 Este que con tan buena nueva vino,
 Por ser amigo suyo conocido,
 Y de Cubagua principal vecino;
 Y al tiempo de volver á su partido
 Ortal se fué con él aquel camino,
 A recoger sus gentes belicosas
 Y dar orden á otras muchas cosas.

Mas antes que debajo destes fines
 Con Rodrigo de Niebla se partiera,
 Entró por Uyapar y sus confines
 El capitán Alonso de Herrera:
 Con cinco principales bergantines
 E una carabela muy lijera:
 Doscientos hombres, armas y pertrechos,
 Cinco caballos al viaje hechos.

Eran los de caballo, que do quiera
 Pudieran dar de sí bastante prueba,
 El general Alonso de Herrera,
 De tesorero Joan de Villanueva,
 Morán, Pedro de Cea, también era
 Un Alvaro de Ordás de los que lleva,
 Mancebo valeroso, diestro, fuerte,
 Sobrino del que ya llevó la muerte.

La gente del armada despedida
 Por el Ortal, con capitán amigo
 Dejó la fortaleza proveida
 Para ir con el Niebla donde digo;
 Y con prision angosta y afligida
 Los dos que ya nombré llevé consigo,
 No confiándose de sus concetos
 Por tenellos por mozos inquietos.

Y van en un navio juntos todos,
 Corriendo por las aguas espumosas,
 Y al doblar de las puntas y recodos,
 Que por allí son algo peligrosas,
 El Lanchero buscaba muchos modos
 Cómo poder quitarse las esposas,
 Dijome que debajo de desino
 De hacer algun grande desatino.

Al Niebla le decia: «yo no puedo
 Sufrir estas esposas que me matan,
 Quitenmelas por un tan solo credo
 Para ver de qué parte me maltratan;»
 Luego Niebla trató con rostro ledo
 Con el Ortal lo que los dos le tratan,
 Jerónimo de Ortal cumplió su ruego
 Para tornárselas á poner luego.

Quitóselas un mozo marinero,
 Y estándolas mirando blandamente,
 Arrebátoselas Luis Lanchero,
 Echándolas al mar incontinentemente;
 Rióse destas burlas el tercero,
 El Ortal las tomó pesadamente,
 Y así mandó que todos sus fieles
 Se los maniatasen con cordales.

Mas aunque les faltaban las espadas
 En la proa do estaban, ya tenian
 Muchas cuñas de tiros allegadas,
 Y cosas con que bien se defendian:
 Las razones que dicen son pesadas,
 Bravísimos los fieros que hacian,
 Demás desto la gente mas lozana
 A ellos iba muy de mala gana.

Queriendo Niebla pues matar el fuego
 Que se causaba destas turbaciones,
 Procuró de ponellos en sosiego
 Con cuerdas y católicas razones;
 Porque llegados á Cubagua luego
 Prometia de dallos en prisiones,
 Fué de los presos voluntad espesa
 Que no se quebrantase la promesa.

Llegados á Cubagua, y entregados
 A mas que miserable cativerio,
 Quebraron tantas fuerzas de candados,
 Que parecia cosa de misterio;
 Y fueron recogidos y amparados
 En San Francisco, fuerte monasterio,
 Do guardas los cercaban por momentos
 Y les quitaban todos alimentos.

Noches y dias, lanzas y gorgueces
 Por horas los ponian en aprieto;
 Mas por favor de ciertos andaluces,
 Que los favorecian en secreto,
 Hubieron á las manos arcabuces
 Que hicieron el cerco mas quieto;
 Pues de los que tenian este cargo
 Algunos se hicieron á lo largo.

Muchas veces también salian fuera,
 Cuando los alimentos les faltaban,
 Para poder tomar en la ribera
 De lo que los navios descargaban:
 A todos asombraban de manera
 Que por amor ó fuerza se lo daban;
 Ofrecian también algunas prendas,
 Por no tomar de balde las haciendas.

No fueron en el cerco tan continos
 Los soldados con lanzas y venablos,
 Aunque los dos hacian desatinos,
 Que para los decir faltan vocablos;
 Tanto, que ya quisieran los vecinos
 Que se fueran con todos los diablos,
 Con ser allí los hombres detenidos
 Para la defension destes partidos.

Trataron pues los frailes, de concierto
 Con otros hombres nobles de linaje,
 Cuyo favor también fué descubierto,
 En aviallos para su viaje;
 Al fin ellos salieron deste puerto
 Vestidos y con buen matalotaje,
 Y corrieron después larga carrera,
 Aprobando muy bien adonde quiera.

Estos bullicios vanos acabados,
 De que dimos razón algo sumaria,
 Ortal recogió todos sus soldados
 Para con ellos revolver á Paria;
 Dejó tres bergantines concertados
 Para llevar comida necesaria,
 E ir con ellos en la primavera
 En busca del Alonso de Herrera.

Embarcó pues sus gentes Alderete,
 Las suyas Alonso Alvarez Guerrero,
 Ya por trabadas jarcias el grumete,
 Alista lo demás el marinero:
 Desfírese la vela del trinquete,
 Cada cual oficial anda lijero;
 Al fin llegó con esta compañía
 Jerónimo de Ortal donde quería.

Puestos en Turpiar ineontinente
 Hizo desamparar la fortaleza,
 A la Trinidad fué toda la gente
 Por haber de comida mas grandeza:
 Marañá los recibe blandamente
 Y los demás no muestran aspereza,
 Porque de los rencuentros atrasados
 Estaban estos indios quebrantados.

Alli toda la gente que traía
 Era medianamente proveida,
 Porque por su rescate cada dia
 Acudian los indios con comida:
 Ortal ningun agravio les hacia,
 Y en la paga su boca fué medida,
 Entreteniéndose por sus confines
 Hasta venir aquellos bergantines.

Anduvo por allí con pia mano
 Sin consentir hacerse desafino,
 Esperando las flores del verano
 Para ponerse todos en camino;
 Pero su pensamiento salió vano
 Por el mal que á los otros les avino,
 En batalla feroz, crúel, sangrienta,
 De que daré después prolija cuenta.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.

Todas las mas personas que perdidas
 Vimos salir de las jornadas hechas,
 Suelen generalmente ser heridas
 Con estímulos grandes de sospechas
 De que dejaron tierras escondidas
 Por no saber llevar vias derechas;
 Y si tomaran tal ó tal camino
 Llevará su derrota mejor tino.

Tal sospecha tenían arraigada
 Todos los capitanes y soldados
 Que con Ordás salieron del entrada;
 Y así volvieron muy determinados
 De seguir mas de veras la jornada
 Y costear mejor entrambos lados,
 Y por mejor subir por los esteros
 Llevaban los navios mas lijeros.

Yendo pues segun orden concertado
 Por caudaloso rio y estendido,
 Llegaron á Caroa ya nombrado,
 Pueblo de muchos dellos conocido:
 Allí fué nuestro campo reparado
 Y por algunos dias detenido,
 Hicieron oficiales con su plancha
 Una barca de Córdoba bien ancha.

A veces la llevaban remolcando
 Cuando las velas della no servian,
 Y en ella los caballos cada y cuando
 Que las necesidades lo pedian:
 Sin que se fatigase nuestro bando,
 Muy á placer entraban y salian,
 Industria del Alonso de Herrera,
 Admirable varon adonde quiera.

En tanto que la barca se hacia
 No faltaban rancheos y salidas,
 Y en ellos los de nuestra compañía
 Hubieron entre piezas recogidas
 Un indio que Chuipa se decia,
 De proporción y fuerzas escogidas,
 Al cual indio pintó naturaleza
 De gran disposición y gentileza.

Hombre, segun se vió, de gran pericia
 En regir escuadrones de su guerra,
 Y este certificaba sin malicia
 Estar cerca de allí próspera tierra;
 Y siempre señaló la tal noticia
 A las otras vertientes de la sierra,
 Otros algunos indios deste puerto
 Afirmaban lo mismo por muy cierto.

Y una cariba india, Catalina
 De Perálvarez, moza diligente,
 Mujer de gran razón é ya ladina,
 Conformaba con estos juntamente;
 Por lo cual el Herrera determina
 De enviar al Ordás con cierta gente,
 El cual luego partió con buen avio
 A la siniestra mano deste rio.

Fueron nuestros soldados peregrinos
 Por el paraje dicho, por las guías
 Hallaron muchas sendas y caminos
 Que se decia ser de pesquerías;
 Y sin poder hallar indios vecinos
 Anduvieron al pié de veinte dias
 Por tan espesas y ásperas montañas,
 Que no bastaban ya fuerzas ni mañas.

Todos ellos de hambre perecian
 Vencidos y rendidos á flaqueza,
 Los caballos tampoco no podian
 Romper por las alturas y aspereza;
 Y cuanto mas arriba los subian
 Hallaban cumbre de mayor grandeza;
 Cesaban ya las hachas y azadones
 Por la debilidad de los peones.

Viendo que no podian ya valerse
 Y el gran trabajo que se padecia,
 Determinaron todos de volverse
 Donde queda la otra compañía:
 Que tampoco podia mantenerse,
 Antes necesidad los compelia
 A proseguir arriba su viaje
 Para buscar algun matalotaje.

En continuacion desta corrida
 Descubrieron algunas poblaciones,
 Do hallaron un poco de comida
 Aunque no sin guerreros tropezones:
 Determinó hacer otra salida
 El Herrera con copia de varones,
 Pensando que se diera mejor maña
 Para romper tan áspera montaña.

Perseveró con grande sufrimiento
Tres ó cuatro semanas de jornada,
Mas no pudo salir con el intento
Por estar ya la gente fatigada;
Volvióse no sin gran desabrimiento,
Y junto con la gente del armada
A boga y remo sus navios saca
Hasta cerca del río Caranaca.

Vieron disposición de poblaciones
Desde los barcos acia manderecha,
Saltaron luego copia de peones
Por senda que se vió no ser estrecha:
Toparon luego grandes escuadrones,
Infinita macana, dardo, flecha,
De manatí fortísimos paveses
Do hacen poca mella los reveses.

El gran Herrera su caballo lleva,
Y de los suyos iban arreados
Morán y tesorero Villanueva,
Con armas de algodón encubiertos;
Y para dar de sí bastante prueba
Los peones también iban armados,
Los cuales viendo gentes tan dispuestas
Las armas y las manos hacen prestas.

Suena la vocería y el estruendo
De los itotos bárbaros, lozanos,
Los labios con coraje remordiendo
Vienen al escuadron de los cristianos,
Y el indio capitán iba diciendo:
«Vivos me los tomad todos á manos,
Que los quiero tener en mis riberas
Para que me cultiven sementeras.

» De mujeril temor limpiad los senos
Para poder tomar justas venganzas,
De los que ya sabeis que no son buenos,
Pues vienen á comer nuestras labranzas,
Sin su sudor gozando los ajenos
Con otras desmedidas destemplanzas.»
Retráese la gente castellana
Para sacallos mas á la zavana.

Después que los tuvieron á contento
El capitán Alonso de Herrera
Hizo cierta señal de rompimiento
Atropellando bien esta carrera:
Entró con furia de leon hambriento
Y con aquel valor de quien él era,
Villanueva y Morán siguen sus huellas
Y todos los demás fueron tras ellos.

Infinidad de sangre va vertiendo
Gandules señalados derribando,
A una y otra mano revolviendo,
Peones y caballos animando:
Penachos y plumajes abatiendo,
Pechos, cuellos, ijares traspasando:
Increíble parece la matanza
Que este gigante hizo con su lanza.

Bien así como cuando los furores
Del aquilon, con alas estendidas,
Van robando las hojas y las flores
Que estaban de sus árboles asidas;
Y quedan ya perdidos sus olores,
Por cultivados campos esparcidas,
O ya por los caminos y calzadas
En partes diferentes arrolladas;

No menos que con tales movimientos
Las fuerzas del Herrera se mostraban,
Derribando guerreros ornamentos
De los indios que mas se señalaban:
A qui vereis caidos y sangrientos,
Allí montones muertos se hallaban,
Acullá se rehacen los itotos
Con grandes alaridos y alborotos.

Morán y el tesorero Villanueva
No daban menos muestra de valores;
Pues cada cual su fuerte lanza ceba
Donde van los riesgos ser mayores:
El escuadron de pié también se prueba
En hechos y hazañas no menores,
Por ser todos varones escogidos
Y en militares artes instruidos.

Miguel Holguin y Joan de Avellaneda,
Por aquellos lugares de su suerte,
Hacian bien abierta la vereda
Entregando contrarios á la muerte;
Pues el escuadra Sanchez de Cepeda
Junto con los valores de Joan Fuerte
Hicieron aquel día maravillas
Tantas, que no podria yo decillas.

Durando pues el bárbaro guerrero
Juntos á una misma coyuntura,
Acudieron con un encuentro fiero
Para dar fin á la batalla dura;
El caballo murió del tesorero,
Que se tuvo por harta desventura,
Muy mal herido Sanchez y Roberto,
Y Joan de Avellaneda casi muerto.

Encendida la furia que no para,
Sin desmayar jamás la gente fiero,
Al general hirieron en la cara
Por llevar levantada la visera;
Y la herida fué con una vara
Tostada, de durísima madera,
Quitósela, y estando mal herido
Fué de mayor furor mas enendido.

El brioso caballo revolviendo
Que con sus voluntades respondia,
Por do quiera que pasa va haciendo
Lo que su gran enojo pretendia:
De su furor los indios van perdiendo
Y por los nuestros nada se perdía,
Calor y sed á todos enemiga
Les causaba grandísima fatiga.

Aprieta por vencer tan duro trance
Andan entre desnudos los de faldas;
Pero juzgando ser mejor balance
Los desnudos volvieron las espaldas:
Los vestidos siguieron el alcance
No por oro ni piedras esmeraldas,
Sino para gozar de su comida
Y ver do la tenían recogida.

De la cual fueron todos proveidos,
Y por entonces fué mediana suerte;
Curaron luego todos los heridos,
De los cuales ninguno fué de muerte:
Fueron algunos días detenidos
En esta parte con reguardo fuerte,
Hasta que la herida compañía
Se sintió con alguna mejoría.

Obra de quince días ya pasados,
Con alguna comida que se saca,
Fueron pasando muchos despoblados
Por encima del río Caranaca:
Donde Diego de Ordás y sus soldados
No quisieron creer al arúaca;
Andaba ya la gente muy caída
Por faltalles á todos la comida.

Satisfacian este desconsuelo
Con hallar mucho bledo colorado,
Con una cierta red ó chinchoruelo
Se tomaba también algun pescado:
Sacaron una vez con un anzuelo
Un peje de los otros estremado,
Que parecia ser congrio perfeto,
Pero miraculoso su secreto.

Porque traído hasta la ribera,
Teniéndolo Miguel Holguin asido,
Comenzó de temblar en gran manera
Quedando casi fuera de sentido;
Ayudáronle muchos, y cualquiera
Deste mismo temblor fué poseído,
Y nadie se halló que no temblase,
Aunque con una lanza le tocase.

Para satisfacer necesidades
Al fin lo degolló hambrienta mano,
Hállanse destos pejes cantidades
En los rios que corren por lo llano:
Tiene las sobredichas propiedades,
Es bueno de comer y no mal sano,
Y este peje se dice *quantum credo*,
En griego *narce*, y en latin *torpedo*.

Navegó pues el campo peregrino
Inquiriendo mas prósperos asientos,
Y cuanto mas crecia su camino
Tanto mas descrecian alimentos;
Pero con un suceso repentino
Se templaron aquestos descontentos,
Y fué ver en un puerto y anconada
Gran flota de caribes reparada.

Bajaban por el río de los altos,
Habiendo hecho ya por las comarcas
Provincias y lugares grandes saltos,
Hinchendo los ijares y las arcas;
Y muy ajenos destos sobresaltos
Estaban allí fuera de las barcas,
Ocupados las manos y los ojos
En repartir preseas y despojos.

Un solo bergantín vido la junta,
Cuando la luz de Febo se ponía,
Y fué yendo doblando cierta punta
Que las dichas piraguas encubría:
El cual sin mas respuesta ni pregunta
Se dejó de caer por do venía,
Los remos levantados y tendidos
Como no fueron vistos ni sentidos.

Viéndolos revolver de la manera,
Sin boga y al amor de la corriente,
Fué cosa conocida del Herrera
Haber detrás de aquella punta gente:
Tomó desotra parte la ribera,
Y los demás navios juntamente;
Consultan capitanes este hecho
Para los saltar mas á provecho.

Al fin nuestra cristiana compañía
En este parecer solo se cierra,
De les acometer cerca del día
Por la parte del agua y de la tierra;
Porque desta manera se haría
Sin riesgo y á sabor aquesta guerra,
Y para los curar y regalallos,
Desembarcaron luego los caballos.

Fué luego Luis Perdomo Cebadilla,
Para tales negocios suficiente,
Escogido peon por maravilla,
Con otros por espía desta gente:
Vieron los rancheados á la orilla,
Sin recelos de tal inconveniente,
Y vieron á la una y otra mano
Para correr caballos un buen llajo.

Tornaron á haber estos conciertos,
Que los de tierra todos estuviesen
En unas arboledas encubiertos,
Hasta tanto que los del agua diesen
En las barcas varadas en los puertos,
Y luego todos juntos acudiesen,
Lo cual hicieron los de nuestro bando,
Sin discrepar un punto deste mando.

Llegada pues la hora concertada,
El general los hizo todos prestos,
El iba con los barcos del armada,
Los de tierra se fueron á sus puestos,
Con intencion de dar el alborada
En indios tan crueles y molestos;
Dobló la punta nuestra compañía,
Llegada ya la claridad del día.

Como los vió venir la gente fiero,
Admirados de ver cosa tan rara,
Acudieron los mas á la ribera
Lijeros y veloces como jara:
Luego dió grandes voces el Herrera;
Los caribes en él ponen la cara,
Asidos de las barcas ó piraguas
Intentando metallas en las aguas.

«Ah barbudos! Seiais muy bien llegados,
Les decia la gente monstruosa,
Dias ha que tenemos deseados
Encuentros desta caza deleitosa:
Sereis en nuestras ollas regalados,
Veremos si teneis carne sabrosa;
Ya vamos, suspended remos un poco,
Enmendaremos el intento loco.

Mas los del agua ya tenían prestas,
Para les impedir salir al río,
Algunas escopetas y ballestas,
Cuyos tiros no daban en vacío;
Y así por ser las balas tan molestas,
Hicieron algún tanto de desvío;
Andando pues trabada ya la guerra,
Llegaron por su parte los de tierra.

Luego como sintieron el ruido
De nuestros caballeros y peones,
Los bárbaros en guerras instruidos
Formaron concertados escuadrones;
Y en unas matas bien fortalecidos,
Peleaban no menos que leones:
Los nuestros por hacelles muy al caso
Trabajaban sacallos á lo raso.

El general salió con sus soldados,
Entrando por las matas atrevidos,
Algunos dellos fueron lastimados,
Villagomez y Aller muy mal heridos:
Tornaron á herir por todos lados
Los nuestros con gran furia conmovidos,
Y el general Alonso de Herrera
Comenzó de hacer ancha carrera.

Acuden los demás con fuerte mano,
Y fué de tal manera la pelea,
Que pudieron sacallos á lo llano,
En parte que el caballo los desea:
El Alvaro de Ordás salió lozano,
A las parejas del Pedro de Cea,
Morán y Villagrán incontinentemente,
Rompiendo por el medio desta gente.

Vereis traspasar pechos y barrigas,
Derribar arco, flecha, dardo, maza;
No siega con sudor tantas espigas
El corvo labrador en ancha haza,
Cuantos de aquestas gentes enemigas,
Caian por aquella larga plaza,
Pues los peones iban con tal brio
Que no dieron jamás golpe baldío.

Miguel Holguin, Perálvarez, Joan Fuerte
Y aquel Luis Perdomo Cebadilla,
Cada cual de los dichos hizo suerte,
Que se puede contar por maravilla:
Pues Joan Avellaneda cuanta muerte
Lo hizo vencedor en la rencilla,
Y aunque de poca edad, Pero Fernandez
Se hizo ser autor de hechos grandes.

¿Qué se podrá decir del arma fiero
Del que regia todos los soldados,
Siendo ya mas herrero que Herrera,
Segun sus golpes fieros y pesados?
El es el que llevó la delantera
Derribando los mas aventajados,
Y por su parte fué cosa notoria
Que cantaron los nuestros la victoria.

Por ser de humana sangre tan sedientos
Y no quererse dar ni ser rendidos,
Quedaron muertos mas de cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos, escondidos:
Recorrieron los nuestros los asientos,
Do vieron en prisiones detenidos,
Indios diciendo por vocablos notos:
Nosotros no caribes, sino itotos.

Decíanlo porque no los matasen;
Mas antes compasion dellos hubiesen;
El general mandó que los soltasen
Y ningunos agravios les hiciesen;
Antes les diesen lo que demandasen
De las cosas que suyas conociesen,
Asegurándolos de mala guerra,
Y de llevallos salvos á su tierra.

Holgaron los itotos del mensaje
Y oferta de tan buen salvoconduto,
Y luego señalaron el paraje
Declarándoles ser de Caburuto:
Fueron los indios pues este viaje,
Tentado, pero nunca resolutivo,
Y en la prosecucion de la tal via
Decia cada cual lo que sabia.

Recogieron los nuestros los despojos,
Maíz, yucas y chacos deseados,
Todos muy encendidos en enojos
Por hallar muchos indios cuarteados;
Y no por nuevas ya, sino por ojos
Los ven en barbacoas ser asados;
Admiranse de tales insolencias
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas:
Villagomez, Aller, de quien escribo,
Y Zárate, personas conocidas
Y de valor y punto bien activo:
El Joan Fuerte sacó trece heridas,
El cual en estos tiempos está vivo,
Y pobre como dicen tras paredes,
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos,
Determinó la gente castellana
De sacar los navios destos puertos,
Y partir otro día de mañana;
Y aquellos indios los hicieron ciertos
Quedar atrás la tierra de Guayana,
Y de morar más adelante Meta,
Provincia de algodón y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido
Decir ser este Meta que tratamos,
Rio de Turmequé muy conocido
Que sale deste reino donde estamos:
Mas es un parecer desvanecido
Para los que mejor lo tanteamos,
Ni debe de caber en seso de hombre
Ser este, ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura,
Entre los curiosos baquianos,
Por ser aquesta la mayor altura
Del reino que tenemos entre manos,
Y la mayor distancia de longura
De los rios que vierten á los llanos,
Pues desde aquí van unos al poniente,
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta,
Y con tan prolijos desvíos,
Y en tan grande distancia se entremeta
Innumerable cantidad de rios,
Y todos sus vecinos llamen Meta,
A aquel por donde entraron los navios,
Parece por razon averiguada,
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes,
Que son el Marañón y el Urinoé,
Piensan haber provincias abundantes
Y el parecer no tengo yo por loco:
Mayormente las dos ya dichas antes,
Cuyo compás no debe de ser poco,
De la cual opinion son los itotos,
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y así nuestro Herrera, resolutivo
En proseguir aquel descubrimiento,
Llevó los indios hasta Caburuto
Por dar á su promesa cumplimiento:
Enviaron un indio bien instruido
Que diese cuenta de su salvamento
A sus amigos, deudos y parientes
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados,
Y en busca de los pueblos conocidos;
Hallólos destruidos y asolados
Por aquellos caribes ya punidos:
Buscó los unos y los otros lados,
Hasta dar donde estaban escondidos;
Dió larga cuenta de su buena suerte,
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos
Libres de la prision y perdimiento,
Y muertos los protervos y malinos
Caribes del ejército sangriento,
Acudieron á ver los peregrinos
Y traellas algun mantenimiento,
Diéronles cierta guía de buen tino,
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales,
A quien Ordás juzgó por imposibles,
Por ser impetuosisimos raudales,
Y fuerzas de corrientes increíbles;
Y con ser increíbles ya sus males,
Las hambres y trabajos insufribles;
Tentaron de pasar mas adelante,
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera
Escepto los remeros esforzados,
Para poder pasar á la lijera,
De remos y de sirgas ayudados:
Fué laboriosísima carrera,
Pero no los trabajos escusados,
Pues aunque sin un punto de descanso,
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa
Que fuese sin desgracia de Roberto,
Por caer de una peña resbalosa,
Donde saltó pensando tomar puerto;
Y por el agua ser impetuosa,
Nunca mas pareció vivo ni muerto:
Dió grave pena hado tan siniestro,
Por ser valiente, suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras,
Prosiguen los intentos de su via,
Con tantas y tan grandes desventuras
Que ya memoria dellas se desvia:
Murciélagos y cosas mas impuras
Por muy grande regalo se tenían,
Por haber en el uno y otro lado
Inmenso campo, pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero,
Habiendo muchos dias navegado,
Dieron en la gran boca del estero
De Meta sumamente deseado:
Alegróse cualquiera compañero,
Pensando ser concluso su cuidado,
Pues aunque de poblado no ven cosa,
La tierra se mostraba mas lustrosa.

Navegados por él algunos dias,
Con hambres y trabajos tan insines,
Determinaron estas compañías
Algun tiempo dejar los bergantines,
Para buscar algunas chucherías,
Y mas enjutos términos y líneas,
A causa del invierno ser cercano,
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados,
Dejaron los navios escondidos,
En un estero todos entramados,
Y á troncones de árboles asidos:
Saltaron pues en tierra los soldados,
Y todos los demás apercebidos,
Mancos y còjos van la tierra dentro,
Deseando topar algun rencuentro.

Con un trabajo iban, no sencillo,
Por ciénagas y pantanos muy varios,
Y llevaban acuestas el hatillo,
Los tiros y pertrechos necesarios:
Con tal rigor que yo no sé decillo,
Por cumplir tales trances ser sumarios,
Al fin salió la gente fatigada
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales,
Y montañas de gran desabrimiento,
Hallaron luego rastros y señales,
Que dieron crecidísimo contento:
Porque donde hallaban naturales,
No podía faltar mantenimiento;
Y así Herrera capitán esperto
Hizo que se pudiesen en concierto.

Pero Fernandez, por su gran soltura
Y ser en cualquier cosa diligente,
En un árbol subió de gran altura
Por devisar mejor aquella frente:
Vido señal patente de cultura,
Puesto caso que no pudo ver gente,
Sino por grande trecho de desvíos,
Bultos que parecían ser buhios.

Los términos ya dichos entendidos,
Puesto que nada cierto de lo cierto,
De necesarias armas proveidos
Caminaron por orden y concierto:
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,
A causa de ser campo descubierto,
Y ser los indios jaguas carniceros,
Todos vigilantísimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,
De toda cobardía muy ajenos,
Enviaron al monte las mujeres,
Al inútil varon ni mas ni menos;
Y fueron sus guerreros pareceres
Esperar en el campo como buenos,
Con largas guaicás, dardos y paveses,
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano
Formados escuadrones como diestros,
Compusieron el campo castellano
También los adalides y maestros;
Esperaron los jaguas en un llano
Muy á pedir de boca de los nuestros;
Por ir en los caballos quien bastaba
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera
Cada cual deseando vencimiento,
Hizo señal Alonso de Herrera
Y los jaguas también de rompimiento:
El indio se mostró con mano fiera,
El español feroz anda sangriento;
Unas veces los indios jaguas caen,
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,
El golpe de macana muy pesado,
Las puntas de las guaicás atraviesa
El sayo de algodón mas estofado;
Pero Herrera daba grande priesa
Al escuadron que via mas cerrado:
Unos traspasa y otros atropella,
Haciendo donde quiera grande mella.

Comp bala de tiro de fuslera
De furiosos fuegos impelida,
Que rompe con su fuerza la hilerá
De la gente mejor y mas lucida,
La cual fué por allí red barradera,
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,
Y no fué menester segunda suerte
Para ser herederos de la muerte;

Ansí con esta misma destemplanza
Rompió Herrera por los escuadrones,
Dejando traspasados de su lanza
Mil bárbaros y duros corazones.
Aumentan ansimismo la matanza,
Ordás y Villagran con los peones,
Bracamonte, Holguin, Joan de Losada,
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,
Infinidad de sangre ya vertida,
Pudieron mas al fin los que eran menos
Poniendo á los contrarios en huida:
Buscaron por aquellos anchos senos,
Y hallaron buen golpe de comida,
Con que la gente nuestra se mantuvo;
Y después os diré lo que mas hubo.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán Alonso de Herrera,
y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Quando valor de capitán florece,
Florecen los valores del soldado,
Si tropieza, si cae, si perece,
El ejército queda desmayado,
Y el ánimo de muchos desfallece
Para no proseguir lo comenzado;
Que miembros á contrarios miembros hieren,
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,
Aunque todos fortísimos varones;
Pues al tiempo que iban descubriendo
Mayores y mejores poblaciones,
Por los achaques que decir entiendo
Se perdieron aquellas ocasiones,
Y por dejar de mano coyuntura
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,
De la gente de jaguas ya vencida,
Do estuvo nuestro campo detenido
El tiempo que duraba la comida;
Mas el mantenimiento concluido
Hicieron del asiento despedida,
Y nuestros españoles peregrinos
Siguiéron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores
Ajenos de la seca del estío,
E yendo no sin grandes sinsabores
Vinieron á topar un cierto río;
El cual pasaron doce nadadores
Con sola desnudez por atavío,
En pañetes que dicen y con suelas
Con solas las espadas y rodela.

Aquestos eran hombres de gran tonto
Para bien espíar cualquiera cosa,
Sacar un rastro y abatir el lomo:
Y destos fué Madroño y Espinosa,
Garcí Perez de Vargas, Luis Perdomo,
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,
Cada cual recatado y advertido,
Sin cosa de cubierta que los vista,
Fueron por un camino muy seguido;
Y á cabo de gran rato dieron vista,
A cierto pueblo grande, divertido:
Volviéronse, segun les fué mandado,
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento
Y con afirmacion de no ser falsas,
Recebieron grandísimo contento,
Y luego se hicieron muchas balsas:
Pasó cualquiera dellos tan hambriento
Que pudiera comer sin otras salsas,
Y en pasar el bagaj que se traía
Gastaron la mayor parte del día.

Las gentes y pertrechos colocados
Por playas que corrian otra banda
Hicieron allí noche los soldados,
La cual no fué de pluvias poco blanda;
Y los noturnos cursos acabados,
Siguiéron con buen orden su demanda,
Armados los caballos y peones
Y en buena proporcion los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,
Del mucho trabajar ya quebrantado,
Falleció Manuel Martín Ranilla,
Que fué valerosísimo soldado;
Escogido peon por maravilla,
Y en cualquiera rencuentro señalado,
Y dada la posible sepultura
Siguiéron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,
No se pudo llevar tanto sosiego
Que pudiesen llegar sin ser sentidos
De los vecinos, que huyeron luego;
Y así fueron los nuestros recibidos
Sin nadie perturballes el entrego,
Hallaron las comidas que les cuadran
Y unos perrillos chicos que no ladran.

Son buenos de comer y dichos mayos,
A los cuales también llaman auries,
Hallaron cantidad de guacamayos,
Papagayos y micos y cories;
Y frutas de guayabas y papayas,
Con no sé cuántos pájaros pajies,
Que en tiempo y en sazón mas regalada
Se tiene por comida delicada.

Son grandes, y uno dellos tiene cresta
De plumas solamente bien formada,
Otros en la cabeza tienen puesta
Una bien hecha piedra turquesada:
Otros la tienen verde, y es aquesta
Tal, que la juzgareis por bien preciada;
Mas cosa hueca es, y tal que pierde
El muerto su color azul ó verde.

Puestos en este pueblo que ya cuento
Con la vela que pide buen gobierno,
Recogieron algun mantenimiento,
Aunque poco maiz por estar tierno:
Perseveraron en aquel asiento
Hasta pasar la furia del invierno;
Era cada buhio prepotente,
Y capaz de gran número de gente.

Salían por los campos cultivados
A buscar los maíces y cogellos,
Do tuvieron rencuentos porfiados
Y salieron muy bien de todos ellos:
Hicieron allí hechos señalados
Que no tengo lugar para ponellos;
Y sé que señaló bien su persona
Alejandró Durazo y un Bayona.

Viendo los indios pues su mal presente,
Apellidáronse de comarcanos
Crecidísimo número de gente
De sueltos piés, fortísimos de manos,
Y buscaron un tiempo conviniente
Para venir á dar en los cristianos,
Con determinacion y con intento
De morir ó gozar de vencimiento.

Por bien efetuar sus intenciones
De diferentes armas proveidos,
Ocuparon los campos escuadrones,
Sin vanos alborotos ni ruidos;
Mas todos con soberbios corazones
De rabiosa venganza poseidos,
Y con obstinacion tal y tan dura
Que no causó pequeña desventura.

Iba cualquiera dellos muy untado
Todo hasta la parte mas sujeta,
De hija, que es bitumen colorado
Que los miembros y carnes les aprieta,
Tan diestro sagitario y acertado
Que no suelta de balde la saeta,
Por siempre ser en todos los oficios
Estos sus principales ejercicios.

Cualquiera morador de aquesta tierra
De tales asperezas se compuso,
Que de paz y sosiego se destierra
Y en furia y en rigor está recluso;
Así que todos son hombres de guerra
Desde que de razon tuvieron uso,
El principal, menor y mas villano
Nacieron con las armas en la mano.

Y aunque en otros oficios se recrea
Como cultivar campos y florestas,
Oficio principal es la pelea,
Sus bodas, regocijos y sus fiestas;
Tomándole la voz do quier que sea
Los arcos y las flechas están prestas,
Así que todos llevan buena gana
De verse con la gente castellana.

Andaban de los nuestros muchos fuera
Del pueblo y en rancheos ocupados;
Y el capitán Alonso de Herrera
En él quedó con los demás soldados,
Con el recao que menester era
Si fuesen de los indios salteados,
De noche siempre vigilante vela,
Y ansimismo de dia centinela.

Y sin haber semeja ni barrunto
De quien pudiese ser sobresaltado,
Sus armas y caballo muy á punto,
El freno del arzon siempre colgado
Dentro de su buhio, y allí junto
Para tenello mas á buen recado,
Y á todos en aquesta pesadumbre
Les hacia tener esta costumbre.

Estaba pues á toda coyuntura
Para hacer bastante resistencia,
Mas no siempre vereis hora segura
En trances de sangrienta competencia,
Antes si prevalece desventura
Vale poco la buena diligencia;
Y lo que hado quiere que ya sea,
Por mil vias y modos se rodea.

A la sazón que el bárbaro llegaba
Con pretension tan dura como esta,
La gente castellana reposaba
El pesado bochorno de la siesta,
Debajo centinela que velaba
En un alto buhio siempre puesta,
Mirando todas partés del estancia
Con toda la posible vigilancia.

Mas cierta mujer fué, que no debiera,
En esta turbacion, cuyo marido
Con todos los demás andaba fuera
En recoger comida divertido;
La cual no fué mujer sino Mejera,
Segun el mal después acontecido:
A la vela llegó pues esta dueña
A fin de le rogar fuese por leña.

Esto con gran instancia le rogaba
Por guisar no sé qué de lo que habia,
Para dar al marido que esperaba
Con los demás de nuestra compañía:
La vela grandemente se escusaba,
Y ella lo convenció por esta via:
Traedme con que haga la candelá,
Y entre tanto que vais haré yo vela.

Persuadido pues para que vaya,
Como quien mal alguno no recela,
El sayo se bajó, subió la saya
Al lugar señalado para vela:
Comenzó de hacer el atalaya,
Y al fin fué de mujer la centinela,
Pues el espacio fué nada prolijo,
O si los indios vido no lo dijo.

Vinieron por la parte que tenia
Una quebrada grande montuosa,
Que al pueblo con sus aguas proveia,
Y en esta coyuntura fué dañosa;
Pues su fuerza de ramas encubria
La multitud de gente belicosa,
Y como su lugar dispuesto fuese,
Llegaron sin que nadie los sintiese.

Saliedo de las matas y manglares
Topó con un muchacho la tormenta
De la morisca Leonor Suarez
A quien llamábamos la Fundimenta:
Hijo que procedió de sus ijares,
Del cual ninguno dellos hizo cuenta,
Antes sin enseñalle mal semblante
El impetu pasó mas adelante.

Como lago de llano muy remoto,
Antes en alta sierra represado,
Que con gran tempestad y terremoto
Rompió lo mas pendiente del un lado,
Y el aguaje llevó tal alboroto
Que trocó los descuidos en cuidado,
Y con aquel grandísimo ruido
Cercano morador se vió perdido;

Con tal impetu son acometidos
Los españoles pocos que dormían:
Despiertan los despiertos y dormidos,
Y acuden á las armas que tenían;
Algunos dellos fueron mal heridos
Al salir de las casas do vivían,
Uno sale con armas, otro falto,
Y todos con pesado sobresalto.

Acude luego para su caballo
El capitán Alonso de Herrera;
Mas ¡ay dolor! que no pudo hallallo
En su bien proveída pesebrera:
Porque sin él decillo ni mandallo
Se lo llevaron para que bebera,
Luego con el orgullo de su brio
Salió para pedillo del buhio.

Yendo pues el varon via derecha
En cuerpo, y en la mano una espada,
Pasóle las espaldas una flecha,
Otra le segundó por la quijada:
Volvióse luego con mortal sospecha
Para se las quitar en la posada,
Luego muchos soldados acudieron,
Y el caballo que pide le trajeron.

En este tiempo ya Pedro de Cea,
Morán y Ordás andaban á caballo,
Y el daño que hicieron se me crea
Que no seré capaz para contallo;
Mas el bárbaro vence la pelea,
Y no son parte para sojuzgallo,
Aunque les ayudaban los peones
No menos que bravísimos leones.

A caballo salió luego Herrera
Con determinacion de su venganza.
El herido leon salió ya fuera:
¿Quién os dirá la fuerza de su lanza,
Y cuán ancha hacia la carrera,
Cuán grande, cuán crecida la matanza?
Con tal furor los bárbaros rompía,
Que todo por delante lo barria.

Como toro que rompe por villanos
En multitud ajena de conciertos,
Que por los que se muestran mas ufanos
Suele hacer caminos mas abiertos:
Unos atropellando con las manos,
Otros que con los cuernos deja muertos,
Y los ya lastimados y los sueltos
Todos andan confusos y revueltos:

No menos que con estas furias tales,
Antes con mas crúeles pretensiones,
Rompió por los indios principales
Desbaratando duros escuadrones:
En unos las lanzadas son mortales,
En otros nunca vistas confusiones;
Pues no ve principal en esta guerra
Que no derribe luego por la tierra.

Todavía porfia quien se halla
Con armas ofensivas y con vida,
Pero viendo la barbara canalla
La competencia tal y tan reñida,
Desamparó con miedo la batalla,
Y todos se pusieron en huida;
Tras ellos los caballos sin Herrera
Siguen por su mandado la carrera.

Estos tres caballeros van siguiendo
Al bárbaro cruel y duro bando,
Los unos de los otros dividiendo,
Gran número de sangre derramando;
Que no hiciesen cuerpo defendiendo
Para mejor los ir alanceando,
Mas un indio ya viejo se repara
Y al buen Pedro de Cea hizo cara.

Batió las piernas él por derriballo,
Mas el gandul usó de tal reguardo
Que le hirió de muerte su caballo,
Pasados los ijares con un dardo:
Espoleólo mas por alcanzallo,
Mas un cierto temblor lo hizo tardo,
Bajóse para ver el desconcierto,
Y el dardo fuera luego cayó muerto.

Morán y Ordás, por no perder el lance
Y poner mas temor en estas gentes,
Con gran furor siguieron el alcance
Dándose los reguardos convinientes;
Y fué de temerarios el balance
En ir solos sin otros combatientes;
Mas el atrevimiento de locura
Buen suceso lo hizo ser cordura.

Pues al tiempo que van por la zavana
Siguiendo la desnuda compañía,
Toparon con la gente castellana
Que de buscar comida ya venia:
Todos juntos en ellos dan de gana
Sin poder atinar por qué seria,
Y los indios huyendo de rigores
Vinieron á hallar otros mayores.

Porque todos herian á porfia
Encendiendo de puevo la pendencia,
No menos, ni con menos valentia
Que tuvo la primera competencia;
Y los bríos indios todavía
Hacian la posible resistencia;
En las cuales fatigas y vejamen
Hubo también un singular certamen.

Porque Antonio Fernandez, lusitano,
Topó con un mancebo bien dispuesto,
Que lo hizo salir mas á lo llano
Haciendo señas con minace gesto:
Batalla se trabó con dura mano,
Sin que los nuestros viesan nada desto;
El indio de sus armas se aprovecha,
Y el muslo le pasó con una flecha.

El lusitano fuerte y esforzado,
Puesto que se sintió muy mal herido,
Nada de su vigor menoscabado
Fajó don el gandul embravecido;
Ninguno dellos anda desmayado,
Y cada cual defiende su partido:
Hubo de todas partes grande priesa,
Puñete y cabezada mas espesa.

Por no venir á menos ni rendirse
Sacude la rodilla y anda diente:
El terrible gandul quisiera irse
Recelando favor de nuestra gente,
Y así reforzó por desasirse;
Mas Antonio Fernandez no consiente,
Antes sus gruesos brazos y sus garras
Servian de fortísimas amarras.

Como dragon asido de la caza,
Que en Indias salté con sus acechos,
Y con sus duras roscas embacaza
Los miembros y resuello de los pechos,
Y aunque por luego no la despedaza,
Los huesos tiene ya casi deshechos,
Y cuanto cruje mas hueso que quiebra
Dos tantos mas aprieta la culebra;

No con menos vigor ni menos blando
El Antonio Fernandez dél aferra,
Y andando mucho tiempo forcejando
Dióle traspíe que dió con él en tierra:
Por la cual anduvieron revolcando
Cada cual por vencer aquesta guerra;
Al fin lo sujetó, mas de manera
Que no lo mató, puesto que pudiera.

Conclusas y acabadas las cuestiones
En que los dos se vieron de mal arte,
El indio se dejó poner prisiones
Por superioridad del otro Marte;
Y el vencedor la flecha de harpones
Sacósele por la contraria parte,
Aunque con la herida penetrante
Paso no pudo dar mas adelante.

Mas espaldas ajenas tuvo prestas,
Porque para llegar á su rebaño,
El indio lo tomó sobre sus cuestras
Recompensando parte deste daño:
Fueron las otras gentes descompuestas
Ansimismo con un rigor estraño,
Para todas las partes tan molesto
Que su furia duró hasta sol puesto.

Desbaratada pues la gente brava,
Los nuestros recogidos á bandera,
El Ordás les contó lo que pasaba
A los que ya dijimos andar fuera;
También de la manera que quedaba
El general Alonso de Herrera
En grandísimo riesgo de su vida,
De que se recibió pena crecida.

Y tanta, que cualquier noble soldado
Hacia sentimiento lamentable,
Por ser de todos ellos muy amado
Con voluntad sincera y entrañable:
Era bien comedido, bien criado,
Su conversacion grata y amigable,
Hombre bastante para todas cosas,
Y cuyas fuerzas fueron monstruosas.

Con el desgusto pues desta fortuna
Que mayor sinsabor les prometia,
Caminaron de noche con la luna
Por ascondese ya la luz del dia:
Llegaron al lugar todos á una
Do hallaron la triste compañía,
Crecida cantidad dellos flechados
Y algunos de vivir desconfiados.

Curaron luego todos los heridos
Desta valerosísima caterva,
Y fueron los mas dellos socorridos,
Puesto que los curó crasa Minerva;
Pero contáronse con los perdidos
Tres de los que hirió nociva yerba:
Vargas, Usagre, nuestro buen Herrera,
Indigno de morir desta manera.

Tuvo de duracion dia seteno
Después de la sangrienta competencia,
Rabiando con la fuerza del veneno
Armado de grandísima paciencia;
Hizo sus diligencias como bueno
Con toda la posible penitencia,
Noble fué de nacion y también era
Natural de Jerez de la Frontera.

Al Alvaro de Ordás dejó su cargo
Antes que desta vida se partiese,
Porque quiriendo ir mas á lo largo
Aqueste caballero los rigiese,
Mas fué su fin á todos tan amargo
Que cosa no se vió que mas lo fuese,
Y así con un extraño sentimiento
Celebraron aquel enterramiento.

A la tierra hicieron el entrego
En un buhio grande señalado;
Y porque del furor del indio ciego
No fuese del lugar desenterrado,
A todos los buhios ponen fuego
Porque quedase mas disimulado,
Que suelen indios con sus desconciertos
Desenterrar á los cristianos muertos.

Y en circuito dellos muchos juntos
Como si vivas fueran las presencias
Suelen hacer á miseros difuntos
Muchos denuestos, graves insolencias;
Y allí recitan todos por sus puntos
Sus valentias, guerras y pendencias,
Diciéndoles las cosas que hicieron
Si por ventura vivos los tuvieran.

Hechas las diligencias que ya cuento,
Todos enajenados de placeres,
El Ordás hizo luego llamamiento
De todos por oír sus pareceres,
Y ver las voluntades y el intento
Que tenían en estos menesteres,
Y venidos á las congregaciones
A todos les habló tales razones:

«Señores, la desgracia sucedida
Hace los corazones tan inciertos,
Que muchos mas pretenden la huida
Que buscar nuevos reinos encubiertos;
Y como tal varon perdió la vida,
No me espanto que todos estén muertos,
Y falten intenciones y semblante
Para querer pasar mas adelante.

»Y así muchos soldados, que presentes
Están en esta junta que hacemos,
Me representan mil inconvenientes
En los cuales es bien que reparemos,
Para que con acuerdo de prudentes
Lo que fuere mejor eso tomemos,
Y aquello se nivele con el seso
De la buena razon y justo peso.

»Porque dicen algunos hombres buenos
En quien conozco toda valentia,
Los indios ya mas son antes que menos,
Nosotros somos menos cada dia:
Estamos de socorros muy ajenos,
Sin esperanza de otra compañía,
Y aunque el gobernador venga camino,
No nos puede seguir sin desatino.

» Hay montañas y tierras pantanosas,
Rios dificultosos en pasallos,
Las aguas de los cielos rigurosas,
Indios que no podemos sojuzgallos:
Estamos faltos ya de todas cosas,
A mas andar perecen los caballos,
La traza que parece mas segura
Amenaza con barta desventura.

» Ponen otras cien mil dificultades
De las tierras adentro nunca vistas,
Que traen apariencia de verdades,
Y suelen suceder en las conquistas:
De las cuales con sus antigüedades
Todos pueden ser buenos coronistas;
Al fin de nuestra gente la mas suelta
Están que ya querrian dar la vuelta.

» Bien sé que no lo hacen de cobardes,
Sino con recatado miramiento,
Pero porque después, si murmurades,
Los pueda disculpar su cumplimiento,
Dice que por aquello que ordenades
Pasarán sin poner impedimentos;
Miraldo bien, que no darán razones
Que declinen de vuestras intenciones.»

Después que las razones se notaron
Por nuestra flaca gente peregrina,
En el negocio dieron y tomaron,
Y sin contradiccion se determina
Volver donde los barcos se dejaron
Para consigo dar en la marina:
Llegaron do querian macilentos,
Cansados, flojos, flacos y hambrientos.

Embarcáronse luego nuestras gentes
No con priesa menor que torbellino,
Sin haber menester limpiar los dientes
Ni después enjuagárselos con vino;
Y aunque les ayudaban las corrientes
Quisieran abreviar mas el camino,
Llegaron al furor de las canales
Y á los impetuosisimos raudales.

Estando pues allí la gente presta
A los riesgos que el agua les enseña,
Desembocó la flota mal compuesta
Por la mayor canal desta gran peña,
Mas veloce que tiro de ballesta
Que de sí despidió rasa cureña;
Mas un bergantin dellos dió tal lado
Que poco menos fué que zozobrado.

El riesgo visto de la barca bueca,
Y que se trastornaba ya la quilla,
Saltaron della dos en peña seca,
Isleo dividido de la orilla;
Y fueron Pero Gomez y Fonseca,
Vecinos naturales de Sevilla;
Perálvarez guió mas á provecho,
Y el bergantin quedó luego derecho.

El cual en un remanso detenido
Estuvo de los remos ayudado,
Cada cual de los dos se vió perdido,
Y así tras él también fueron á nado:
Fué Pedro de Fonseca recogido
Y el pobre Pero Gomez ahogado,
Al misero sobrábale destreza,
Pero no pudo mas con la flaqueza.

Salidos ya de pedregosas vias
Corrieron agua bajo por la posta,
Comiendo, si hallaban, chucherias
Y lonja de caballo bien angosta;
Y al cabo de gran número de dias
Salieron los navios á la costa,
Y en Peratarue mozos y los viejos
Andaban á marisco de cangrejos.

Al alto mar salió dia siguiente
Esta congregacion toda hambrienta,
Los vientos le calmaron de repente,
Y en calma padeció grave tormenta:
El orgullo fué tal de la corriente
Que marineros diestros desatenta,
Embestia la fuerza del olaje
A todos los que hacen el viaje.

En aquestos desastres y fortunas
Quincoces, mayordomo del armada,
Tenia una botija de aceitunas
Para el gobernador siempre guardada:
Quebróse con las mares importunas
Y descubrióse luego la celada,
Acuden, quien mas puede mas ensarta,
Diciendo: muera Marta y muera harta.

Anda la rebatiña de manera
Que del morir los hace descuidados,
Comian lo de dentro y lo de fuera,
Pues no fueron los cuescos reservados:
El capitán Ordás se desespera,
Llamandoles de puercos, desalmados,
Por vellos empapados desta suerte,
Estando tan cercanos á la muerte.

Viendo la cosa tan desatinada,
Y que del desatino nadie cesa,
El Ordás puso mano del espada,
Haciendo solenísima promesa
De dar sanguinolenta cuchillada
A quien no jamurase muy apriesa,
Y estando con tal riesgo como este
Comenzó de ventar el norueste.

Ya podía salir con vela llena
La nave pequenuela combatida,
Ordás quiso gozar hora tan buena
Por evitar el riesgo de su vida;
Y al tiempo que guindaban el entena
Quebróseles la triza de podrida,
Batianlos las olas mas al sesgo,
Y así corrian mucho mayor riesgo.

Mas el gentil y bien compuesto griego
De Rodas, Alejandro de Durazo,
Los cantos de la vela tomó luego,
Y entena hizo de uno y otro brazos;
Y así con él y aquel viento gallego
Salieron del orgullo y embarazo,
Entre tanto la triza quebrantada
Fué de los marineros remediada.

Por los demás navios se reparte
Aquel orgullo de fervor marino;
Y andando todos ellos de mal arte,
Distantes buen espacio de camino,
Uno dellos abrió por cierta parte
De que era caporal Andrés Andino;
Quedaron estos pobres patifrios
A no hallar allí muchos bajios.

Salen á vuelapié hasta los cuellos,
Pero todos las armas en la mano,
Encrespadas las barbas y cabellos
Con el salso licor del Oceano;
Y caribes después dieron en ellos
Como los vieron tales en el llano,
Mas defendiéronse valientemente
Perdomo y el Andino con su gente.

Habia ya pasado muy delante
El otro bergantin y compañía,
Y en él Francisco de Evora, bastante
Marinero sagaz que lo regia:
La cual navegacion fué tan distante
Que no pareció mas desde este dia;
Iba con los demás que dentro lleva
El tesorero Joan de Villanueva.

De los tres bergantines hubo junta
En puerto do hallaron los dos menos,
Ordás á todos ellos les pregunta
Qué será de los otros hombres buenos;
Pero por todos ellos se barrunta
Que debían estar en otros senos,
Por haber visto gente reparada
En una cierta playa y anconada.

La luz de los mortales desviada,
En busca de su gente salen fuera;
E yendo prosiguiendo la jornada
Antes de ver el fin desta carrera,
Sin pensallo toparon un armada
De caribes y gente carnícera;
La guerra por los nuestros se comienza,
Movidos mas de miedo que vergüenza.

Las voces que se dan llegan al centro,
Saltaron un versete tal cual era,
Los indios recelaron el encuentro,
Teniendo por mas fuerte la bandera;
Metiéronse los unos mar adentro,
Una piragua toma la ribera,
La gente que decimos española
Siguieron solamente la mas sola.

Viéndose la piragua perseguida,
Con su velocidad acostumbrada
Se pusieron los indios en huida,
Y en tierra la dejaron zabordada:
Hallaron muchedumbre de comida
Por nuestros españoles deseada,
No faltaron allí carnes humanas
De indios ó de gentes castellanas.

Porque siendo las cosas repartidas
En la barca del bárbaro guerrero,
Se hallaron preseas conocidas
De Joan de Villanueva tesorero:
Duda tuvieron todos de sus vidas,
Y salió su conceto verdadero,
Pues inquiridos por aquellos puertos
No parecieron mas vivos ni muertos.

En continuacion de su camino
La costa mas abajo se navega,
Hallaron al Perdomo y al Andino,
Y el resto de la gente se les llega:
Contaron el asalto repentino,
La fuerza y el rigor de la refriega,
La muy mala sospecha que tenían
De los que por allí no parecían.

Recogióse la gente y el fardaje
En los tres bergantines solamente,
Prosiguieron á Paria su viaje
En busca del Ortal y de su gente;
Mas en ella y en todo su paraje
No pudieron hallar cosa viviente,
Antes aquel castillo descompuesto,
Segun que ya dijimos antes desto.

Viendo desiertas estas poblaciones,
La dicha fortaleza ya quemada,
Bajaron al ancon de Mejillones
No con resolucion determinada;
Pero todos los mas con intenciones
De nunca revolver á la jornada,
Pareciéndoles cosa mas segura
Buscar por otras vias su ventura.

A las sazones que esto se movia
Entre los miserables fatigados,
En Trinidad estaba todavía
Jerónimo de Ortal con sus soldados:
Esperando mas ampliar compañía,
Y los tres bergantines concertados,
Y que viniese ya la primavera
Para ir en demanda del Herrera.

Sabian ser aquestos los conciertos
Entre Herrera y él de cierta ciencia;
Pero ningunos dellos están ciertos
En qué parte hacia residencia,
O por qué se movieron destos puertos
Sin les dejar allí viva presencia:
Al fin todos confusos y perplejos
Echaban sus juicios á lo lejos.

Siendo pues sus propósitos y fines
Nada diferenciados en conceto,
A estos mismos puertos y confines
Donde todos se vian en aprieto,
Llegaron los tres dichos bergantines,
Y por su capitán Martin Nieto,
Con soldados bizarros y contentos,
Y mucha cantidad de bastimentos.

Saludáronse unas y otras gentes
Con la gracia y amor acostumbrado,
Por ser todos hermanos y parientes
Peregrinos en un mismo cuidado:
Los que de nuevo van están pendientes
Del otro que llegó desbaratado,
Por vello seco, flaco, consumido
Y casi sin reparo de vestido.